

Versiones, simulaciones y silencios

Elizabeth Burgos

PESE A SU GÉNERO PERIODÍSTICO Y A LOS FALLOS FORMALES que podrían limitar su cualidad de documento historiográfico en el pleno sentido de la palabra, es indudable que *Fidel Castro. Biografía a dos voces* (Debate, Barcelona, 2006), de Ignacio Ramonet, formará parte del legado de las fuentes históricas del castrismo. Y no porque ofrezca versiones inéditas, o haga revelaciones excepcionales, sino por el material de índole psicológica que el entrevistado arroja acerca de su visión del mundo, su manera de ejercer el poder, su capacidad de instrumentalizar el estallido de las crisis y la resolución de las mismas; sus omisiones y silencios; su capacidad de disimulo, o de fingir ingenuidad cuando lo cree necesario. Rasgos de carácter que aparecen ilustrados a todo lo largo de la serie de entrevistas que constituyen un «testamento político», un «balance de su vida», según palabras del entrevistador, que se desarrollaron durante cien horas, habiendo comenzado las grabaciones en 2003 y finalizado en 2005.

En la «biografía a dos voces», el entrevistado tomó el partido de actuar como un personaje a veces ingenuo, otras, víctima del destino. En lugar de acontecimientos signados por el espesor de la historia, lo que aparece es un personaje sorprendido por las circunstancias cual un Fabricio del Dongo en la batalla de Waterloo. Al igual que el héroe stendhaliano de *La cartuja de Parma*, todo cuanto le sucedió fue producto del azar, de las circunstancias y de fuerzas exteriores.

La temporalidad que abarca, y el momento escogido para su publicación en Cuba, coincidiendo con el 50 aniversario del desembarco del Granma, y el 80 aniversario del biografiado, demuestran que la pieza forma parte de una estrategia que a Fidel Castro nunca le ha fallado: esculpir su propia imagen. De esa estrategia la opinión pública mundial ha recibido múltiples ejemplos en los últimos meses.

No es la primera vez que Fidel Castro se somete a una entrevista. Las más emblemáticas, publicadas en forma de libros, son las del brasileño Frei Betto, *Fidel y la Religión*, y la de Gianni Miná, *Un encuentro con Fidel*. El hecho de haber sido publicadas por la Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, le imprimen un carácter de versión oficial.

Pero, de lejos, la más extensa, y la de mayor proyección biográfica, es *Biografía a dos voces*, que también cuenta con una edición cubana revisada y corregida por Fidel Castro, según sus propias declaraciones. Ello significa que se plantea al historiador una nueva tarea: realizar un análisis comparado de ambas versiones, incluyendo cotejarlas con las siete horas de grabaciones de las entrevistas, subtituladas en francés, transmitidas por el canal Histoire, de la TV francesa; tarea indispensable, tratándose del propósito no disimulado del proyecto: someter la historia de Cuba, una vez más, a una relectura; alimentar el corpus mítico del castrismo.

Biografía a dos voces pretende sentar la versión oficial de los momentos claves de la Revolución y el papel protagónico de Fidel Castro, también en las regiones del mundo donde su influencia se ha hecho sentir. No fue casual el hecho de que se le ofreciera un ejemplar en edición de lujo, como regalo oficial, a los representantes de los países no alineados que acudieron a la reunión de septiembre pasado en La Habana. Esa edición es la que ha sido corregida por el propio Fidel Castro durante las primeras semanas de su convalecencia.

La obra está organizada en veintiséis capítulos. Tratándose de una biografía, era de esperar que comenzara por la presentación del biografiado. Como no es imaginable que en algo que atañe al «Comandante en Jefe» y, sobre todo, si se trata de una operación mediática de proyección internacional, se le otorgue libertad a algo parecido al azar —es de suponer que las preguntas del entrevistador fueron sometidas a un estudio minucioso, estudiadas, negociadas, y pasadas por todos los filtros pertinentes y por el propio Fidel Castro—, la primera pregunta del periodista abre con una serie de fechas que demuestran el acuerdo previo del escenario. El entrevistador lanza la primera pregunta mencionando el 150 aniversario del nacimiento de Martí, prosigue con el 50 aniversario del asalto al Moncada y pregunta, de manera aparentemente inocente, si a esta última fecha se la puede considerar el comienzo de la Revolución. El entrevistado corrige: por supuesto que no, la Revolución, qué duda cabe, comienza con la primera guerra de Independencia, en 1868, y se prolonga hasta hoy con la Revolución. Dicho de otro modo, puesto que la Revolución Cubana la personifica Fidel Castro y ésta comienza con la guerra de Independencia, *ergo*, el origen de Cuba como nación se confunde con la biografía de Fidel Castro: ambas aparecen formando una entidad única. Fiel a la lógica de su proyección continental, un desvío por la historia de la guerra de independencia de Venezuela se imponía. Según la visión del líder cubano, se deduce que el origen de esta guerra radica en la admiración que Bolívar le profesaba a Napoleón, del cual tomó la inspiración: «de sus glorias, su grandeza, sus batallas y su papel de libertador, porque Napoleón era el transmisor de las ideas de la Revolución francesa». Versión, seguramente, muy cercana a

la verdad, pero reñida con la versión oficial venezolana que reivindica el sentimiento patriótico que motivó a Bolívar para realizar su obra independentista. La versión castrista privilegia el papel del héroe romántico sediento de gloria, y Castro lo recalca: contrariamente a Bolívar, a él nunca le ha interesado la gloria. En cambio, Fidel Castro ha manifestado en otras ocasiones su admiración por Napoleón que, «contrariamente a otros grandes de la historia, no heredó sus títulos y se forjó a sí mismo». Es muy probable que la alusión a Napoleón sea también un guiño de ojo con el propósito de suscitar una edición en Francia, motivado por una falsa creencia, muy acorde con la propensión del continente, de un culto de la personalidad que se le profesaría a Napoleón en Francia. Ignoran que en Francia Napoleón es incluso menos popular que muchas figuras menores de la historia nacional.

Pero en donde la voluntad de forjar una versión de la historia que se amolda a la imagen preestablecida aparece nítidamente es cuando Fidel Castro narra, como si se tratara de un gesto anodino, el oscuro capítulo de la trayectoria política de Simón Bolívar: la captura y entrega a las autoridades españolas del Precursor de la Independencia, el general Francisco de Miranda, su compañero de lucha, porque «tras la derrota, Miranda pactó con los españoles, lo que fue visto como un acto de traición por Bolívar y sus seguidores». Capítulo de la historia de Bolívar sobre el cual se guarda silencio por estar reñido con la idea de perfección exigida por la idealización del héroe, por lo que no es gratuita la alusión. Subliminalmente, el mensaje es que hasta Bolívar ha incurrido en ese tipo de acciones fratricidas, dando por sentado que la entrega de Miranda al enemigo común no significó un gesto aun más reprochable que el de haber pactado cuando Miranda consideró perdida la situación. Enviado preso a Cádiz, Miranda murió en la mazmorra de La Carraca. Fidel Castro, por su lado, exculpa a Bolívar, adjudicándole al propio Miranda la culpa de su suerte: a su afrancesamiento, a su gusto por el confort que lo indujo a dormir en tierra en lugar de hacerlo en el barco inglés en el que pensaba zarpar a la mañana siguiente, lo que hizo posible su captura. Esa propensión a adjudicarle a las contingencias y a detalles nimios, que lo eximan de toda responsabilidad, el desenlace de hechos trágicos e irreversibles es uno de los rasgos más constantes de la psicología de Fidel Castro que aparece muy bien delineado en esta obra. Se trata de una estrategia discursiva que en él adquiere cualidad de estructura psíquica. El detalle, la contingencia, se imponen sobre lo ético. Igual justifica una derrota que un fusilamiento o una maniobra diplomática. El erigir el detalle contingente en elemento decisivo, bien sea en el marco de la diplomacia, de la gestión del Estado o de una crisis, revela su preferencia por la aplicación de las técnicas de la guerra de guerrillas como modelo de acción, a lo cual se debe agregar su sagacidad política y su capacidad de duplicidad, su necesidad narcisista de seducir al interlocutor, y su inclinación desmedida por el ejercicio del control absoluto del poder. Su capacidad de no distinguir entre lo que es éticamente permisible o no, por ejemplo, el caso de los tres jóvenes que secuestraron un barco para fugarse a la Florida en 2003: hubo que fusilarlos, no porque el delito revistiera tal gravedad que mereciera la pena capital,

sino «porque en determinadas circunstancias en que una pena drástica de esa naturaleza sí tiene un efecto y puede tener un efecto duradero» (pp. 416-423). Es lo que le hace afirmar a uno de sus biógrafos más incisivos, Brian Latell, que esa capacidad de admitir la posibilidad del asesinato como un medio justificable para alcanzar un fin, lo convierte en una personalidad sociópata.

Es por ello que la estrategia discursiva constituye el rasgo de mayor interés de esta *Biografía a dos voces*. Ilustra de manera transparente el uso de la muy peculiar dialéctica de servirse del detalle, de ir minuciosamente desgranando los meandros de un relato, pormenorizando situaciones con el fin, no de explicar, sino de convencer al interlocutor de la versión que ha forjado de antemano, la que le permite explicar un hecho y a la vez culpar a quien haya seleccionado para jugar ese papel, y exculparse a sí mismo en caso de estar involucrado. Ingentes son los ejemplos de ese proceder a lo largo del relato. Las versiones de las diferentes facetas del ataque al Cuartel Moncada, que significó, a todas luces, un garrafal error militar, aparecen envueltas en un aura épica según su versión. Fidel Castro procede a la manera del realizador de cine en el momento del montaje, cuando, ciñéndose a un guión, debe narrar una historia que sea creíble. Con la diferencia de que aquí se trata de hechos reales que pueden significar la muerte de decenas de personas, la aplicación de la pena de muerte, el hundimiento de un remolcador, acusar a alguien de ser agente de la CIA, incitar a los secuestros de avión desde Estados Unidos para luego negociar con Washington en condiciones ventajosas, etc., etc.

Considera a José Antonio Páez «un llanero patriota que arrastró tras sí a los llaneros, indios y mestizos que habían luchado del lado español al mando del asturiano Tomás Boves»; reconociéndole el mérito de haber desatado «una de las primeras guerras de clase en este hemisferio» al decretar una reforma agraria que favorecía a indios y mestizos con las tierras de los criollos sublevados contra España. Como podemos ver, el cubano tiene una visión de la historia venezolana más racional que la del actual Presidente de la muy bolivariana República de Venezuela, quien no escatima su antipatía por José Antonio Páez.

Un rasgo dominante: su inclinación por la guerra. Su infancia transcurrió durante el estallido de las guerras de la época, lo que contribuyó a alimentar en él un imaginario de la guerra al cual era de por sí propenso y que ha determinado su manera de actuar en todos los actos de su vida. Todo lo ve bajo el prisma del enfrentamiento, de la táctica militar. Primero, fue la guerra de Italia en Etiopía —Abisinia—, siendo aún muy niño, en la cual se hizo «experto» coleccionando las postales que venían en unos «paquetes de galleticas» que narraban las peripecias de esa guerra; imaginario que debe haberle acompañado, años más tarde, al enviar allí tropas cubanas. Esas guerras africanas culminaron con los acuerdos de paz en 1988 en la sede de la ONU, en los cuales Cuba tomó parte, pues «esta vez Estados Unidos no pudo impedir que Cuba participara, como en 1898», aludiendo al momento en que el ejército mambí fue excluido de la Conferencia de París al afirmarse, entre España y Estados Unidos, el cese de la guerra y la independencia de Cuba. Era su revancha, móvil de toda su acción y de su enfrentamiento con Estados Unidos.

Otro álbum de «postalitas» que también marcó su infancia narraba la vida de Napoleón, el gran guerrero, el personaje histórico que tanto ha admirado. El manejo de las armas desde niño, la Guerra Civil española (al ser su padre español le tocaba muy de cerca), el estallido de la Segunda Guerra Mundial: acontecimientos bélicos que hicieron que su infancia y adolescencia transcurrieran inmersas en el tema guerrero. A ello puede agregarse su avidez por la lectura, y su preferencia por las historias de los grandes jefes guerreros: todo fue propicio para que se convirtiera en un experto precoz en la guerra. En múltiples momentos, demuestra su gran conocimiento de la historia militar: «hemos estudiado todas las guerras», declara, según su costumbre, empleando el «nosotros» mayestático. Desde 1947, cuando la aventura de Cayo Confite, ya «albergaba la idea de la lucha irregular» en la cual «creía por instinto, por haber nacido en el campo, porque conocía las montañas». Cuando Alberto Bayo los entrenó en la técnica de la guerra de guerrillas, no «rebasaba las enseñanzas de romper un cerco», «no se le ocurría la existencia de una estrategia que transformara la guerrilla en un ejército que pudiera derrotar a otro», como él lo percibió desde el principio. Por no dejar de reportar en su haber una victoria militar, admite, tal vez por primera vez públicamente, la existencia de una guerra anticastrista que se desarrolló de 1959 a 1966. Una «guerra sucia», que tuvo «hasta quince mil hombres en armas», y que llegó a desarrollarse en todas las provincias del país, hasta en La Habana. La califica de «guerra sucia», pese a admitir que utilizaron, igual que ellos en la Sierra Maestra, la guerra de guerrillas. (Dicho sea de paso, dejando de lado el caso de Colombia, la guerra anticastrista fue la única guerrilla verdaderamente campesina que tuvo lugar durante los años 60 en el continente). Según él, «Cuba es el único país que ha ganado una guerra sucia». Y admite que esa guerra les costó más vidas que la guerra contra Batista.

Su familiaridad con la guerra y el hecho de haber practicado todas las técnicas de ese arte —la guerrilla, la guerra regular, la contrainsurgencia, el terrorismo—, ha hecho de él un experto, lo que lo ha llevado a preferir la guerra asimétrica, una síntesis de todas ellas. Opina de manera despectiva de esos «políticos que dan órdenes estúpidas por no saber nada de guerra, como el caso de Bush o de Aznar».

Menciona el golpe de Estado como una técnica que desecha, y seguramente se debe a su rechazo por los ejércitos regulares que no han surgido de una confrontación revolucionaria. Nunca los menciona, jamás les ha concedido el menor mérito a los ejércitos regulares. Uno de los puntos en que, precisamente, divergía del castrismo Norberto Ceresole, es que consideraba que Castro pretendía convertir a los ejércitos profesionales en guerrilleros. En varias ocasiones, Fidel Castro ha aludido a la obra famosa de Curzio Malaparte, *Técnica del golpe de Estado*, calificándola de fantasía o de novela; pero, pese a su rechazo, sus palabras dejan traslucir que no le ha sido indiferente. En el discurso que pronunció en Caracas el 24 de enero de 1959 en la Cámara de Diputados, contó que las autoridades carcelarias le habían prohibido la entrada de dicho libro. Luego, en la obra aquí reseñada, admite que lo leyó en la cárcel, período

durante el cual sabemos, gracias a su correspondencia, que organizó un ciclo de lecturas, que observó de manera disciplinada y sistemática, de obras políticas, militares y literarias, para completar su formación política e intelectual. No obstante, no hay un texto que se aproxime más a la manera en que Fidel Castro ha procedido en política, tanto en Cuba como en América Latina, que las técnicas analizadas por Malaparte en esa obra. Su actitud se acerca al mecanismo de la negación: el rechazo de un hecho que se impone como cierto.

Y justamente: «¿Acaso la Biblia no es el mayor libro sobre la guerra?», dice a manera de explicación (¿justificación?) de su fascinación por la guerra. De Martí admira su ética cristiana, presente en «todo el pensamiento humanista occidental», y porque también era partidario de la «guerra necesaria». Él mismo se siente cristiano desde el punto de vista social, pues ha tratado de hacer lo mismo que Cristo: multiplicar los panes y los peces.

Entre los jefes de Estado con los que ha tenido que lidiar en su larga carrera de ejercicio del poder, el único hacia el cual no expresa reticencia alguna, es el general Franco, pues pese al «antifranquismo rabioso de los revolucionarios cubanos», Franco «nunca cedió a la presión norteamericana». «Actuó con testarudez gallega. No rompió relaciones con Cuba. Su actitud fue firmísima». Él lo adjudica al hecho de que Franco era oriundo de El Ferrol, de donde procedían también los integrantes de la escuadra del almirante Cervera, la flota de la marina española vencida por los *marines* americanos en la guerra de 1898. Eso ocurrió cuando Franco era niño, y seguramente fue testigo del regreso de las tropas vencidas, supone Fidel Castro. Franco debe haber considerado la actitud de la Revolución Cubana ante Estados Unidos como una revancha: «en definitiva, los cubanos (...) hemos reivindicado el sentimiento y el honor de los españoles». Esa misma condescendencia hacia jefes de Estado extranjeros la expresa hacia Carter, un hombre poco «culto pero bueno», y él decidió «detener aquello del Mariel» (el éxodo de cubanos hacia la Florida, incitado por el propio Fidel Castro) para no «hacerle daño» a Carter en su campaña de reelección. Incluso «resolvimos» lo de los secuestros de avión desde Estados Unidos y Cuba decidió entregar a los secuestradores a las autoridades americanas. Por su parte, Carter ha demostrado su agradecimiento en innumerables circunstancias.

En lo que respecta a ciertos aspectos controvertidos de su biografía: el asalto al Cuartel Moncada, y el desembarco del Granma, no los considera como fracasos, pues no pierde de vista el alcance simbólico de esos acontecimientos.

El controvertido hecho de haber publicado la carta de despedida del Che Guevara, lo cual cancelaba definitivamente a éste la posibilidad de aparecer en público, lo explica por la imposibilidad de aquel de proceder de otra manera, debido a la campaña de rumores que trajo consigo su desaparición de la escena pública. Pero no alude al hecho de que hubiera podido, por lo menos, pedirle autorización, o por lo menos prevenirlo de esa decisión. (En el diario del Congo, el Che alude a este hecho como a una deslegitimación ante los combatientes cubanos que lo acompañaban). Se extiende en su admiración por el Che, por su valentía, pero deja caer, al pasar, que él, Castro, «antes de caer prisionero me hubiera inmolado».

En el ámbito cubano, sólo son depositarios de su aprecio los guerreros, en particular, los pertenecientes a la elite de los históricos. Por ello considera no haber sido traicionado, puesto que los desertores (fuera del general Rafael del Pino, que por haber sido un buen combatiente y por haber accedido a la dignidad de Héroe de Playa Girón puede ser catalogado como tal), como Huber Matos, Carlos Franqui, son inexistentes al no poseer una verdadera alcurnia de héroes históricos. ¿Urrutía?, «un tipo que era un buen juez», a quien propuso para presidente en un momento en que iba a realizarse un pacto con el 26 de Julio. Es decir, nada trascendental. Al referirse al caso del fusilamiento del general Arnaldo Ochoa, da una demostración del juego de la memoria y de las estrategias para aplicar el mecanismo al que alude Paul Ricoeur de *mise en intrigue*, mediante el cual se teje la intriga que da lugar a la versión de un relato. Pese a haberlo acusado de traición a la patria en su discurso de clausura del juicio que lo condenara a fusilamiento en 1989, pese a haberle negado sus méritos militares en la guerra de Angola y de Eritrea y el papel decisivo en Nicaragua, hoy dice que no fue traición sino corrupción el delito por el que fue condenado, y admite su calidad de hombre valiente y sus méritos de combatiente. Y como si se tratara de un hecho nimio concluye al respecto: «Lo que ha habido, Ramonet, es mucha explotación del menor incidente». Ese menor incidente que condujo a ejecutar por corrupción a un Héroe de la República de Cuba: es como para sembrar la preocupación allí donde se haya firmado un acuerdo de cooperación con Cuba para combatir la corrupción.

El tono discurre a la manera de una narración de aventuras, con rasgos de inocencia. Fidel Castro demuestra su maestría en el relato oral; es siempre ameno, y logra pasar el mensaje, presente entre las líneas: la historia lo absolverá, pues «si ha cometido errores han sido de orden táctico, nunca estratégicos», entre ellos, «haber creído que alguien sabía cómo construir el socialismo» (seguramente, pensando en los viejos comunistas cubanos con los que se alió al principio de la Revolución).

Al abordar el tema de su desaparición, predice que no se deben hacer ilusiones quienes desean verlo desaparecer, porque al morir su influencia puede crecer. Y trae a colación la figura del Cid Campeador que, después de muerto, seguía ganando batallas.

No queda duda al término de la lectura: su vida ha sido subordinada a la voluntad de hacerse un lugar en la historia.

Dado el valor documental de esta obra, se pueden deplorar algunos errores, y no deja de sorprender el conocimiento limitado de la historia de Cuba y de América Latina del autor-entrevistador que se percibe en varias secuencias del texto.

Es de imaginar que el autor no gozó de una libertad plena en la formulación y tratamiento de las preguntas, y menos aún de las respuestas, pero pese a ello, no se justifican las simplificaciones y la falta de soltura al formularlas o al tratar de relanzar un tema: incluso el propio entrevistado, en variadas ocasiones, se vio obligado a hacerle aclaraciones elementales que no hubieran sido necesarias. Eso impidió que se ahondara en ciertos temas que lo hubieran merecido.

Pero donde aparecen de manera transparente los errores históricos es en las notas explicativas correspondientes a los diferentes capítulos. Recurro a tres ejemplos: el general venezolano Isaías Medina Angarita, Presidente de 1941 a 1945, es calificado por Ramonet como «dictador», cuando, tras la dictadura de Juan Vicente Gómez, (1908-1935) y la presidencia del general Eleazar López Contreras (1935-1941), fue Medina Angarita quien encaminó al país de manera decisiva hacia la democracia, al punto de que bajo su mandato se legalizó al Partido Comunista. Otro ejemplo, esta vez relativo a Rómulo Betancourt, de quien dice que gobernó de 1959 a 1964, cuando fue «derrocado». El término de la presidencia de Rómulo Betancourt constituye el momento más emblemático de la historia de la democracia en Venezuela, porque fue precisamente cuando se realizó una transmisión de mando según las normas de la democracia, cuyo único sobresalto entonces fue la guerrilla, auspiciada precisamente por La Habana.

Que tales afirmaciones provengan del director de *Le Monde Diplomatique*, un órgano que se ofrece como vanguardia del periodismo, y de un periodista que se dice especialista del tema latinoamericano y, en particular, del venezolano, no deja de sorprender. Otro error ocurre cuando afirma que la revolución de 1952 en Bolivia fue dirigida por el Movimiento Nacionalista Revolucionario y por la Central Obrera Boliviana (COB). La COB no pudo haber participado en ese acontecimiento, por la simple razón de que la COB fue fundada, precisamente, después de la revolución de 1952. La que sí tuvo una participación decisiva fue la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB), dirigida por Juan Lechín.

La percepción de la historia del continente a manos de «especialistas improvisados» ha contribuido en mucho a distorsionar y a simplificar procesos que revisten tal complejidad que exigen ser analizados mediante una contextualización y conocimientos más rigurosos.